Corría el año 2025. La humanidad continuaba infatigable con su avance tecnológico. Numerosos colonos habían viajado ya a Marte y la estación espacial internacional comenzaba a asemejarse a lo que conocemos como un puerto espacial gracias a la ciencia ficción. La construcción de cohetes se había abaratado y cualquier país medianamente desarrollado podía permitirse el lujo de enviar patriotas a la órbita terrestre.

Un puerto espacial, personas subiendo hasta allí en lanzaderas como quien coge el metro y multitud de colonos saliendo de él en dirección al planeta rojo. La economía espacial progresaba y nuestro ego aumentaba al vernos cada vez más cerca de los relatos de Assimov.

Por eso, cuando llegaron no tuvimos cautela. En ningún momento desconfiamos o nos mostramos recelosos. Un día se detectó una señal de radio proveniente del cinturón de asteroides y, cinco horas más tarde unas gigantescas naves negras llegaban a la órbita de nuestro planeta, haciendo sombra en su superficie.

Mandaron una pequeña comitiva a nuestra estación espacial. A un lado de la mesa los mandatarios de los países más importantes, con el zopenco de EEUU a la cabeza, al otro unos seres bastante más parecidos a los hombrecillos verdes de las pelis de los 90 de lo que cabría esperar en un guion decente. En cualquier caso, hablaban un perfecto inglés que ya envidiarían muchos de nuestros políticos. ¿Cómo era esto posible? – fue lo primero que preguntó con la boca abierta y tono bobalicón la especie humana.

A la reunión habían portado un objeto voluminoso, que en ese momento dejaron sobre la mesa: la sonda Voyager. Habían tenido tiempo de analizar nuestra cultura y nuestro idioma y hasta de fabricarse un traductor. No es por hacer un chiste con su color de piel, pero esos tipos eran la pera, al menos eso nos parecía en aquel momento.

Sea como fuere, estuvieron hablando horas. Tras los saludos iniciales habían prohibido a la prensa seguir retransmitiendo, así que nosotros aquí abajo solo pudimos esperar inquietos a que los peces gordos terminaran. Cuando se retomó la transmisión, les brillaban los ojos de pura ambición y codicia. El estadounidense y sus colegas habían formado un tratado de paz y un contrato que aseguraba el intercambio cultural y tecnológico para los próximos 50 años. Al susodicho se le nombró máximo representante de la humanidad, así como co-representantes a los líderes de Alemania, China, Emiratos Árabes y Reino Unido.

Los aliens fueron bajando a nuestro planeta progresivamente en los años posteriores. Hicieron turismo, se establecieron, montaron negocios...y nosotros aprovechamos todo lo que pudimos para aprender de su tecnología. Por supuesto, hubo disturbios, racismo, asesinatos… Se fueron integrando poco a poco, pero hubo bastantes roces por parte de ambos bandos.

Aproximadamente 25 años después de su llegada, contaban ya con sus propios barrios, la mayoría de ellos suburbios, y nosotros habíamos incorporado a nuestra vida diaria algunos avances y juguetitos, aunque dicho sea de paso nuestro ritmo de aprendizaje era penosamente lento. Era casi como si ellos nos ralentizaran a propósito, dándonos la información con cuentagotas.

Con todo, hubo novedades en el campo de las armas, las comunicaciones, la cocina y revolucionaron la industria del masaje, así como otros lujos. Pero todo en negocios, locales más o menos clandestinos dependiendo del tipo de asuntos a tratar o laboratorios de investigación en los que eran ellos los que manejaban la tecnología. En definitiva, cambió des de los museos hasta la delincuencia, pero siempre con la tutela de aquellos seres.

Éramos felices y confiados. Ingenuos. Y para cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde.

En Julio del año 2052 de la que fue nuestra era los aliens se levantaron contra nosotros. Los ejércitos no pudieron hacerles frente; las comunicaciones fueron interrumpidas y los mandatarios fueron secuestrados. Se les obligó a firmar un nuevo tratado, esta vez a punta de pistola, en el que les entregamos literalmente el mundo.

Un nuevo orden fue establecido. Se instauró la ley marcial: había toque de queda se nos vigilaba. Podíamos vivir en nuestro propio planeta siempre y cuando supiéramos quien mandaba y nos portáramos bien. El que no cumplía era detenido o simplemente desaparecía, así como muchos otros que no habían hecho nada.

Entre los propios humanos surgieron bandos. Los hubo que se vendieron y se pusieron dócilmente al servicio de los aliens. Se les instalaron implantes cibernéticos, se les mejoró hasta el punto de poder debatirse si podían seguir considerándose humanos, y pasaron trabajar en la policía, en la administración o en otros cargos similares.

Otros sin embargo se opusieron e intentaron resistir. Incluso antes del levantamiento algunos grupos desconfiaban ya de ellos, unos más paranoicos que otros. Pero, oh ironía del destino, fueron precisamente ellos, su preparación, su armamento, sus refugios, su comida y sus estrategias los que posibilitaron la aparición de esas resistencias